

Las antologías de poesía y la literatura española de la posguerra

Emili Bayo

En el lento proceso de análisis de lo que ha constituido la «posguerra» para la sociedad española de nuestros días, el redescubrimiento y valoración de las manifestaciones poéticas constituyen unas fuentes de información valiosas. Estudios antropológicos, históricos o literarios pueden tener en la poesía puntos de partida que les ofrezcan unas perspectivas interesantes y originales, camino de una mejor comprensión de lo que ha constituido un período tan trascendental para el desarrollo posterior de la cultura española. Justo es, pues, que se dedique gran atención a la literatura de la posguerra y, con ella, a los medios y métodos que hicieron posible su difusión.

Tal es el caso de una forma peculiar de presentación de la poesía: la antología, constituida, a lo largo de dicho período en el sistema más importante de consagración de los valores literarios del país. Esta circunstancia justifica, por sí sola, la confesión de un estudio encaminado, principalmente, a ofrecer una mayor información sobre este asunto, hasta ahora tratado únicamente de forma parcial e indirecta.

Apunte histórico

Un repaso a los lugares más remotos y recónditos de la historia de la literatura podría favorecer la opinión de que el método antológico constituye una constante en todos los niveles. Podrían ser citadas la recopilación de epigramas griegos llevada a cabo alrededor del siglo II a. C. por el sirio Meleagro de Gadara, la de Filipo de Tesalónica (siglo I), la de Agatías de Mirina (s. VI), la *Anthologia* de Costantino Céfalas (s. X), los numerosos cancioneros provenzales, etc. Incluso, dentro de la literatura castellana, podrían ser citadas las recolecciones que proliferaron durante los siglos XV, XVI y XVII, como es el caso del *Cancionero de Baena*, recopilado por Juan de Baena en 1445, del famoso *Cancionero Musical de Palacio*, del *Romancero General* (1600), etc. Sin embargo, en todas estas manifestaciones (tal vez quepa exceptuar alguno de los cancioneros provenzales) se destaca mayoritariamente la poesía de tipo popular o anónima, a menudo compilada con el simple propósito de presentar de forma conjunta una serie de canciones generalmente ya bastante conocidas. No se trata, pues, del mismo concepto de antología utilizado actualmente. Según éste, el único ejemplo que puede ser aducido dentro del marco de la litera-

tura castellana es el florilegio de Pedro de Espinosa que fue publicado en 1605, *Flores de poetas ilustres*, el cual se presenta, efectivamente, como una recopilación de poemas de diversos autores conocidos y con distintas piezas de un mismo escritor, agrupados según un criterio (que varía en los distintos tipos de antología) de coincidencia temporal.

Desde esa fecha tan temprana del siglo XVII se abre una larga laguna y se hace imposible descubrir otro florilegio en la poesía castellana hasta el mismo siglo XX. Resulta, por tanto, sorprendente que una circunstancia tan abundantemente repetida a partir de 1939 tenga que remontarse tan atrás para encontrar sus más inmediatos precedentes. Esto puede contribuir a ofrecer una medida exacta de la novedad que supone en el panorama poético español la utilización del método antológico durante la posguerra.

Y ya dentro del siglo actual, sólo hay que hacer dos ilustres salvedades hasta la fecha fatídica de 1936. Se trata de las dos antologías de Gerardo Diego (editadas en 1932 y 1934) que la editorial Taurus imprimiría, en 1959, conjuntamente bajo el título *Poesía Española Contemporánea (1901-1934)*.

El precedente de Gerardo Diego

El gran número de ediciones de esta obra es prueba suficiente de lo presente que el público de la posguerra tuvo este libro, de su gran consideración y, a la vez, de su notable éxito.

El primer mérito que se le ha reconocido a la obra de Diego es el de haber contribuido notoriamente a la consolidación y popularización de un grupo de escritores, la generación de 1927; es decir, el haber sabido presentar una poesía con suficiente atractivo como para convencer al público de sus excelencias. No obstante, el mérito que con mayor justicia debe serle reconocido en este estudio es su indudable papel de guía metodológica para los numerosos antólogos de la posguerra. Así, el esquema constitutivo que presenta, del mismo modo que otras muchas decisiones o actitudes del autor, será dogma indiscutible en gran número de los florilegios que, de manera creciente, empezarán a publicarse a partir de 1939. Las dos obras de Gerardo Diego se erigirán en punto ineludible para cualquier recopilador de poemas. De esta forma, puede decirse que la pretensión que declaraba el prólogo de *Poesía Española Contemporánea (1901-1934)* de constituirse en un instrumento de promoción generacional, es decir, de presentación en público de un grupo más o menos coherente, ha pasado a ser casi un tópico en las intenciones de los compiladores y editores de poesía. Esta actitud, entre otras, movió a la creación de obras como las de J.M. Castellet *Un cuarto de siglo de poesía española* (1965) y *Nueve novísimos poetas españoles* (1970), que pueden ser citadas como simples ejemplos representativos de otros muchos casos.

Imitada también hasta la saciedad ha sido la distinción de G. Diego entre florilegios «de poemas» y «de poetas», y la opción por este último tipo, pues, dado que su propósito era promocionar una serie de escritores, el modelo elegido le permitía destacar la obra de cada uno por separado.

Igualmente, puede ser señalada toda una larga lista de detalles y tópicos que, una vez prestigiosamente legitimados por la obra a que se alude, han pasado a formar parte de una especie de «arte antologizador» reconocido por todos. Entre esos detalles citaré como ejemplos las alusiones a los inevitables riesgos que entraña el acto de seleccionar («Ya se que una antología es siempre un error»— dice Diego) o a la impremeditación de

las ausencias que pudieren acusarse; la actitud de sacudirse de encima la responsabilidad de la elección de los poemas y poetas, optando por convenirla con los propios afectados; la anteposición a la selección de cada autor de una nota bio-bibliográfica y poética; etc. Se trata, en definitiva, de un esquema cuya reproducción, casi siempre exacta, atestigüa la trascendencia y repercusión del modelo fijado por el antólogo y miembro de la generación del 27.

Pero al margen de los muchos elementos que pasaron con buena fortuna al acervo de los compiladores siguientes, Gerardo Diego tuvo el acierto de legitimar teóricamente la actitud y la labor de éstos mediante una serie de afirmaciones con las que prologa su obra citada:

«El antólogo no puede abdicar su sensibilidad y su gusto, su estética y su fe. Pero ha de acertar a armonizarlas con la estimación histórica y con el respeto a sus creencias o ilusiones de cada momento».

Estas palabras aportan una base teórica al hasta entonces oscuro oficio de antólogo, explican una actitud de escasos antecedentes y, en definitiva, la legitiman ante un mundo literario poco acostumbrado a ella. Y como en una nueva profecía e incitación a la vez, Diego propone la continuación de las selecciones de poetas a partir de aquellos que han sido incluidos por él:

«... dejando la puerta abierta para que alguien prosiga en otro u otros volúmenes la historia en antología de nuestra poesía mejor, arrancando precisamente de los nombres y obra en donde aquí se detiene» ((1)).

La proliferación durante la posguerra

No cabe duda que pocas sugerencias han tenido, como ésta, una fortuna tan grande en la historia de la literatura. Los datos lo demuestran. Durante los años comprendidos entre 1939 y 1974 (por descontado que el período se podría ampliar mucho más) se pone de manifiesto la casi abusiva utilización del método antológico. Si se expresa esa proliferación en cifras provisionales, aparece la tabla siguiente:

Período	N.º antologías
1940-1949	14
1950-1959	37
1960-1969	82
1970-1975	102

Estas cifras recogen obras que, además de haber sido publicadas en el período citado, se refieren únicamente a él. Es decir, al margen de estos datos numéricos quedan: 1) las antologías que, aun siendo editadas entre 1939 y 1975, incluyen total o parcialmente poesía anterior al siglo XX; 2) las selecciones de poesía de un solo autor; 3) las obras de homenaje a personalidades cuando no implican una actitud selectiva por parte de un antólogo; 4) obras que reúnen poemas ganadores de premios o certámenes; 5) las cretomatías escolares de lectura; 6) los cancioneros populares y recopilaciones afines; 7) obras aparecidas con posterioridad, aunque se centren en el margen temporal impuesto.

Por consiguiente, se trata de cifras formadas a partir de los florilegios publicados

entre 1939 y 1975 y que recogen principalmente la poesía de ese mismo período. Véase, pues, que a pesar de las limitaciones impuestas y considerando los escasos precedentes en la literatura castellana, los resultados numéricos demuestran un espectacular florecimiento del género. Evidentemente, los años que siguen de forma inmediata a la guerra civil son los menos copiosos, no sólo en este tipo de manifestaciones, sino también en cualesquiera otras de orden editorial o cultural. A medida que avanza la década de los cincuenta y sesenta, el aumento se hace ostensible, para llegar al primer lustro de la década siguiente, donde los números culminan su crecimiento: solamente en los últimos cinco años, el volumen de florilegios es mucho mayor al de toda la década de los sesenta y al doble de la suma de las dos anteriores. Corresponden a 1973 y 1975 los años de mayor publicación de este tipo de obras, con 20 y 19 respectivamente.

Dada la imposibilidad de catalogar todas las recopilaciones de versos que, a menudo con carácter reducidísimo y marginal, aparecen en los puntos más dispersos de la geografía española, puede cuestionarse la exactitud de las cifras aquí ofrecidas, aunque dudo que pueda ser negada su representatividad.

La posguerra literaria a través de antologías

Mediante esos datos se demuestra que los florilegios han mantenido una presencia constante a lo largo del período que se abre en 1939, y, dado que su propia naturaleza les hace jugar un papel valorador y estimulante de la actividad literaria, resulta lógico que sean llamados, como testigos directos o como participantes, a testimoniar, definir o acotar los distintos movimientos o manifestaciones poéticas que se produjeron.

El período histórico de la España actual que ha sido designado con el nombre genérico de posguerra se ha visto sometido a un minucioso estudio desde el punto de vista literario y poético. Es lógico que un conjunto de casi cuarenta años no constituya un todo homogéneo y uniforme. Es, más bien, un período de inquietudes y búsquedas dispersas, donde muy pocas eran las ideas que podían aglutinar a una mayoría de poetas. Para salvar esta falta de uniformidad, se ha intentado fragmentar la posguerra literaria en movimientos, corrientes, décadas, espacios geográficos, etc. Uno de los criterios más originales seguidos para acotar este espacio de tiempo es el adoptado por F. Rubio (2), quien ofrece una posguerra literaria pueden resultar tan útiles como el que ahora se presenta. Si la poesía de estos años se ha visto agrupada según los criterios más imprecisos, con mayor o idéntica razón puede ser estudiada por el de las antologías, las cuales declaraban ser verdaderos termómetros y, a veces, catalizadores de la creación de versos en este país.

De esta forma, es posible un estudio de la poesía de la posguerra a partir de los períodos que marca la aparición de florilegios en el panorama de las letras españolas. Podrían ser los siguientes:

I.- La inmediata posguerra: de las antologías para -oficiales (A. Valbuena Prat, *Antología de la poesía sacra española*; L. Rosales y L.F. Vivanco, *Poesía Heroica del Imperio*) a la primera recopilación de la colección «Adonais».

II.- La poesía en el exilio: de *Poetas en el destierro* de Ricardo Morales o *Las cien mejores poesías españolas del destierro* de F. Giner de los Ríos a *Panorama de la poesía moderna española* de E. Azcoaga.

III.- La poesía social: de las *Antología consultada de la joven poesía española* de F. Ribes a *Poesía Social* de L. de Luis.

IV.- Poetas de los sesenta: de J.M. Castellet, *Veinte años de poesía española*, a L. Jiménez Martos, *Nuevos poetas españoles*.

V.- *A partir de la Antología de la nueva poesía española* de J. Batlló y *Nueve Novísimo Poetas Españoles* de J.M. Castellet.

Al margen de las obras citadas en este pequeño esquema, existen otras muchas que pasan a formar parte de un conjunto difícil de valorar uniformemente, pero que representa el encumbramiento, durante un período determinado, de un modo concreto de presentar la poesía.

Constatada la presencia y proliferación de antologías a partir de 1939, se hace necesario plantearse los motivos, las causas de tan repentino florecimiento de un método comercial que hasta aquellos momentos apenas a nadie había preocupado lo más mínimo.

Las causas

Quienes con mayor frecuencia y decisión se han preguntado por una serie de motivos o justificaciones que expliquen el fenómeno ya señalado han sido, por supuesto, los propios antólogos, los cuales, debido a la naturaleza de su labor, se han visto forzados a reflexionar y teorizar sobre el acto que estaban llevando a cabo. Por ese motivo los prólogos e introducciones de muchos frorilegios recogen una información y unas opiniones valiosas para la crítica literaria y para la documentación histórica en general.

Para Jaime Ferrán (3), la proliferación de las antologías de poetas se debe principalmente «no a un florecimiento de la poesía, sino, a lo más, a una preparación para este florecimiento». «El público (sigue diciendo) no acaba de interesarse demasiado por la obra concreta de un poeta, pero no deja tampoco de interesarse por los poetas». Tal explicación puede ser considerada válida, pero se presenta como una respuesta parcial y ampliable. Se trata de una circunstancia que no puede ser justificada desde un único punto de vista, puesto que son muchos y muy diversos los factores que afectan al mundo editorial y poético durante el período en análisis. Puede considerarse que entre los muchos motivos que produjeron tal fenómeno se entremezclaron los de ámbito editorial, social, literario y personal, aunque cabría la posibilidad de aducir otros muchos.

Entre las causas de orden editorial debe tenerse en cuenta la progresiva aparición de nuevas empresas dedicadas a la industria del libro. Inmediatamente acabada la guerra civil, las publicaciones existentes eran promovidas a través de imprentas, favorecidas éstas por las necesidades propagandísticas del nuevo régimen político y social. Las editoriales existentes con anterioridad a 1936 fueron poco a poco reabriéndose y adaptándose a las imposiciones de los vencedores en la contienda. Creación de un cuerpo de censores, facilidades para la publicación de todo lo relacionado con ciertos temas (religiosos, por ejemplo), vigilancia rigurosa de los materiales publicables, etc., fueron factores que retrasaron hasta la década de los cincuenta el desarrollo o creación de nuevos centros editoriales, lo cual, junto con la aparición de los primeros premios literarios de cierto prestigio y las primeras colecciones de libros poéticos («Adonais»), supuso un rápido despertar literario. La nueva infraestructura y el vacío existente hasta entonces propiciaron la aparición de nuevas obras, en especial de antologías, cuyo carácter colectivo era especialmente cómodo a los editores, pues les permitía adoptar una postura ecléctica y poco

arriegada; es decir, la inclusión de un poeta que no gozase de la simpatía del régimen podía quedar contrarrestada por la de otros de situación contraria.

Si el mundo editorial se hallaba tan dispuesto a la constante presentación de nuevos florilegios fue, por otra parte, porque era un sistema económicamente muy rentable. En un ambiente en el que la adquisición normal de libros era aún difícil (hasta bien entrada la década de los sesenta), las recopilaciones de poetas permitían en un solo ejemplar disponer de algo de la obra de varios autores. Esto motivaba que su venta fuese relativamente fácil y, por lo tanto, beneficiosa para las editoriales, las cuales eludían el riesgo de presentar a un poeta en solitario a menos que ofreciese una cierta seguridad de éxito.

Adoptando un criterio distinto, debe señalarse que la causa de orden social que de manera más decisiva primó la elaboración de antologías fue que, como resultado de la guerra, el país había perdido, por muerte o exilio, a la gran mayoría de los viejos valores poéticos. Las publicaciones, aunque escasas, no se podían nutrir de los pocos maestros que habían quedado vivos y en España. Así pues, la postura más lógica era una lenta campaña de promoción de nuevos valores, llenar las ausencias con otros nombres que empezaran a ser reconocidos, que se presentaran poco a poco en el mundo de las letras castellanas. Para ello, las recopilaciones eran el vehículo ideal, pues cumplían la misión de dar a conocer a los recién llegados al terreno de la poesía, generalmente mezclados con los poetas ya consagrados. Además, la abundancia de nuevos nombres creaba la apariencia de un estado glorioso de las letras (cosa que favorecía la imagen del franquismo, aún a despecho de la mayoría de los propios escritores) que beneficiaba notablemente a las industrias libreras y que no duda en proclamar el editor Francisco Ribes en su antología de 1952.

Otros motivos que pueden ser aducidos son los de orden literario. Entre ellos hay que hacer referencia a cierta pasión de la crítica por estructurar el período poético de la posguerra mediante generaciones, grupos o promociones. Las antologías permiten la proclamación colectiva de una estética o unas ideas junto a una abundante ejemplificación poemática; de ahí que hayan sido utilizadas metódicamente para la presentación de conjuntos más o menos coherentes de escritores. Indirectamente, esto parte de la conciencia de vivir un período literariamente agitado, donde los cambios de valores se suceden rápidamente, apenas sin tiempo a popularizarse y a trascender a otros poetas. Así lo sugiere precisamente Víctor Pozanco en su *Segunda antología del Resurgimiento* (1980):

«la promiscuidad de las antologías se justifica, en parte, porque (...) también para la poesía suceden en este siglo más cosas en cinco años que en largos períodos de otras épocas» (4).

Dada la posibilidad que tiene el florilegio de convertirse en un medio de valoración y testimonio de una época, a partir de 1939 se va a utilizar este sistema, entre otros, para dejar constancia de las distintas fluctuaciones y movimientos literarios que se suceden. Prácticamente todas las manifestaciones poéticas de este período han acabado por ser recogidas en una antología: la generación del 36, el grupo «Cántico», la colección «Adonais», la poesía social...

Por último, cabe citar una razón de orden individual, como es el hecho de la posible utilización, por una parte de los críticos, del método antológico como un medio de auto-

promoción; es decir, como la forma de atestiguar su conocimiento del estado de la poesía y de sus sucesivos cambios y, por tanto, presentarse a sí mismos como los conocedores y especialistas de esas circunstancias.

En definitiva, puede afirmarse que la aparición de antologías poéticas durante los años de la larga posguerra española es consecuencia directa del estado socio-cultural en que quedó el país tras la contienda, y su proliferación cabe achacarla a un conjunto de causas editoriales, sociales, literarias e individuales que califican a este método como uno de los más idóneos, si no el más apropiado, para la difusión de la poesía en este período.

Vigencia actual del método

La superación del período denominado «posguerra» a través de un proceso alejado de brusquedades y violentas rupturas ha permitido el mantenimiento, con las orientaciones nuevas de las distintas circunstancias, de una dinámica literaria paralela a la que se venía manifestando durante los primeros años de la década de los setenta. El desarrollo de una infraestructura editorial completa durante ese decenio se ha visto calificado por una ampliación de los mercados de poesía y una mejora y aumento de los centros de publicación. Todo ello ha propiciado que se manifestasen dos reacciones prácticamente opuestas: por una parte, la ya mencionada abundancia de florilegios; por otra, una cierta tendencia al desprestigio de éstos a determinados niveles. Dicho de otra forma, la proliferación ha traído consigo a veces una vanalización de los criterios antológicos o un abandono del rigor en la selección, cosa que ha favorecido la desconfianza de un sector, no el más especializado, del consumidor de poesía. Sin embargo, sería injusto proclamar la falta de calidad en las nuevas manifestaciones antológicas, puesto que tanto antes como ahora se continúan produciendo florilegios de gran importancia en el panorama de la historia poética.

La década de los años setenta, vista globalmente y como algo continuo, ha presentado, a consecuencia de las circunstancias señaladas, un claro aumento en el volumen de obras poéticas publicadas. Las antologías no podían quedar fuera de esta situación. Así lo reconoce F. Rubio:

«durante estos últimos diez años, se ha publicado un considerable número de antologías, que nos han ido proporcionando, paso a paso, un más amplio y detallado conocimiento del espectro poético que, hasta la fecha, nos han ofrecido los "poetas del 70"» (5).

Al margen de estos florilegios que señala F. Rubio, preocupados por la puntual muestra de los jóvenes valores poéticos (E. Martín Pardo, 1970; A. Prieto, 1972; J. Batlló, 1974; A. García Moral, 1979; etc.), se dan otros, consecuencia directa del fin de un período importante de la historia de España como es la posguerra. O sea, acabada ésta, llega el momento ideal de las valoraciones y recapitulaciones. Así lo entienden M.D. Asís (1977), R. Velilla (1977), G. Correa (1980), M. García Posada (1979), etc. Son obras que pretenden inventariar la mejor poesía producida en este país durante un muy largo período del siglo XX.

Por último, un tercer bloque de antologías deja sentir notoriamente su presencia a lo largo de la década de los años setenta y ochenta: las de una delimitación geográfica res-

tringida y carácter local. A partir de 1970 el aumento de este tipo de florilegios (generalmente promovidos por las necesidades de algunas instituciones financieras o públicas de justificar parte de su presupuesto como aportación al fomento cultural) es espectacular y sin precedentes en la historia literaria española.

Coincidiendo con el despertar multitudinario de los sentimientos nacionalistas y las reivindicaciones autonómicas, se produce la exaltación de todo lo propio y local, incluso de los ámbitos más pequeños, cosa que tiene sus repercusiones en las publicaciones de libros de poesía. Antologías de poesía andaluza, navarra, etc. son frecuentes en los escaparates de las librerías. Como ejemplos y como prueba significativa de que no se produce un desuso del método, puede citarse la aparición de obras tan dispares como las de Rafael de Cózar *Nueva Poesía: Sevilla* (1977), F. Gálvez Moreno *Degeneración del 70 (Antología de poetas heterodoxos andaluces)* (1979), A. Urrutia *Antología de la poesía navarra actual* (1982), etc.

Puede decirse que, en general, la dinámica intensa de los últimos años de posguerra ha favorecido la creación de una especie de hábito, tanto entre la crítica más especializada, como entre el lector, al trato de las más diversas compilaciones de poemas, por lo que hoy en día la aparición de una nueva no constituye ya ningún motivo de sorpresa. Incluso puede haberse convertido en el vehículo ideal para mantener informado al público de las más recientes manifestaciones poéticas que revistan importancia. Un lector, por otra parte, que ante la abundante oferta y el creciente nivel cultural manifiesta abiertamente sus ganas de conocer, a pesar de sus generalmente escasas posibilidades de dedicación. La antología se convierte para este público de aficiones literarias en el instrumento más útil para asegurar su puesta al día en materia poética.

En definitiva, puede afirmarse que la vigencia actual del método antológico es absoluta, por su fuerte enraizamiento dentro de los esquemas editoriales del país, que se sirven de él como medio de promoción y crítica. Así pues, cabe suponer que obras tan dispares como las de E. Jongh Rossel (1982); o *España vista por los poetas españoles* (1984); o L. Mínguez (1980); etc., continuarán siendo frecuentes en las librerías especializadas, desempeñando la función de termómetros, más o menos precisos, de la actividad poética alrededor de todo el país.

NOTAS

(1) Gerardo Diego, *Poesía española contemporánea (1901-1939)*, Madrid, Taurus, 1959.

(2) *Las revistas poéticas españolas (1939-1975)*, Ed. Turner, Madrid, 1976.

(3) Jaime Ferrán, *Antología parcial*, Plaza y Janés, Barcelona 1976.

(4) Víctor Pozanco, *Segunda antología del Resurgimiento*, Ambito Literario, Barcelona, 1980,

(5) F. Rubio y J.L. Falcó, *Poesía española contemporánea (1939-1980)*, Alambra, Madrid, 1982 (2), pág. 77.

RELACION DE ANTOLOGIAS CITADAS

- ANTOLOGIA* de «Adonais», Rialp, Madrid, 1956.
- ASIS, M.D., *Antología de poetas españoles contemporáneos 1939-1970*, Narcea, Madrid, 1977.
- AZCOAGA, E., *Panorama de la poesía moderna*, Periplo, Buenos Aires, 1973.
- BATLLO, J., *Antología de la nueva poesía española*, Madrid, Ciencia Nueva, 1968.
- BATLLO, J., *Poetas españoles contemporáneos*, El Bardo, Barcelona, 1974.
- CASTELLET, J.M., *Nueve Novísimos Poetas Españoles*, Seix-Barral, 1970.
- CASTELLET, J.M., *Veinte años de poesía española*, Seix-Barral, Barcelona, 1960.
- CORREA, G., *Antología de la poesía española (1900-1980)*, Madrid, Gredos, 1980.
- COZAR, R. de, *Nueva poesía: Sevilla*, Zero, Madrid, 1977.
- DIEGO, G., *Poesía española contemporánea (1901-1934)*, Taurus, Madrid, 1954.
- ESPAÑA vista por los poetas españoles*, Riodelaire, Madrid, 1984.
- GALVEZ MORENO, F., *Degeneración del 70 (Antología de poetas heterodoxos andaluces)*, Antorcha de Paja, Córdoba, 1979.
- GARCIA MORAL, C. y PEREDA, R.M., *Joven poesía española*, Cátedra, Madrid, 1979.
- GARCIA POSADA, M., *Cuarenta años de poesía española (1939-1979)*, Cincel, Madrid, 1979.
- GINER DE LOS RIOS, F., *Las 100 mejores poesías españolas del destierro*, Signo, México, 1945.
- JIMENEZ MARTOS, L., *Nuevos poetas españoles*, Madrid, Agora, 1961.
- JONH ROSSEL, E., *Florilegium. Poesía última española*, Espasa-Calpe, Madrid, 1982.
- LUIS, L. de, *Poesía social*, Alfaguara, Madrid, 1965.
- MARTIN PARDO, E., *Nueva poesía española*, Scorpio, Madrid, 1970.
- MINGUEZ «Orejanilla», L., *Quince poetas de España*, col. A.L. A. de Alarcón, Madrid, 1980.
- MORALES, R., *Poetas en el destierro*, «Cruz del Sur», Santiago de Chile, 1943.
- POZANCO, V., *Segunda antología del Resurgimiento*, Ambito Literario, Barcelona, 1980.
- PRIETO, A., *Espejo del amor y de la muerte (Antología de poesía española última)*, Bezoar, Madrid, 1971.
- RIBES, F., *Antología consultada de la joven poesía española*, Marés, Valencia, 1952.
- ROSALES, L., y VIVANCO, L.F., *Poesía heroica del Imperio*, Jerarquía, Barcelona, 1940.
- RUBIO, F., y FALCO, J.L., *Poesía española contemporánea (1939-1980)*, Madrid, Alambra, 1982 (2).
- URRUTIA, A., *Antología de la poesía navarra actual*, Diputación Foral de Navarra, Pamplona, 1982.
- VALBUENA PRAT, A., *Antología de la poesía sacra española*, Apolo, Barcelona, 1940.
- VELILLA, R., *Poesía española 1939-1975 (antología)*, Tarraco, Tarragona, 1977.